

Gracia, Amor y Vida

Pastor Lou Slugard

28 de Junio, 2009

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, República Dominicana

2 Corintios 13:14

Creo que esta es la bendición de Pablo sobre los corintios, pero, también, una breve y maravillosa oración: Pablo desea que todos experimentemos la gracia de nuestro Señor Jesús, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo. Un verdadero cristiano tiene todas estas cosas en alguna medida u otra, y busca tener más de estas cosas. No obstante, es mi triste convicción que muchos de los cristianos que conozco se conforman con muy poco. La razón para esto es que, como dice el Señor, nuestros caminos no son sus caminos y, lamentablemente, nos toma toda una vida aprender un poco de los de Él.

La gracia en Cristo

La gracia es para pecadores

En última instancia, ¿para quién es la gracia? Para pecadores. Sin embargo, a nosotros no nos gusta pensar de nosotros mismos de esa manera: sabemos que somos pecadores, pero no nos sentimos tan malos. Sinceramente, ¿podrías estar de acuerdo con el apóstol Pablo cuando le dice a Timoteo que es un dicho digno de ser confiado, digno de toda aceptación, que Jesucristo vino al mundo a salvar a pecadores, de los cuales soy el primero? Entiendo que todo pecador debiera sentirse de esta manera sobre sí mismo, pues, cuando lo haga, se colocará en una de las mejores posiciones para disfrutar de la gracia de Jesús.

La mayoría de nosotros asiente intelectualmente a la idea de que no somos perfectos, pero creo que hay una diferencia significativa entre conocerlo intelectualmente y abrazarlo en lo más profundo de nuestro ser: ¡somos pecadores! ¡Estamos en la necesidad desesperada de la gracia de Cristo! ¿Por qué? Porque la única manera de ser santificados es la misma manera por la que fuimos salvados (Col. 1:22-23).

La gracia es para los débiles

Hay algo más que conocer: la gracia no viene sólo a los que son pecadores (y lo saben), sino a aquellos que saben que son débiles. Para todos es realmente difícil reconocer y apropiarse de las debilidades propias. No obstante, Pablo dice algunas cosas sorprendentes: ¡se gloriará en sus debilidades! (2 Cor. 12:7-10). Creo que Dios, en su providencia, ha diseñado todo lo que nos ataca para que, si no nos mata, nos deja más débiles. Y es una misericordia porque es en nuestra debilidad que encontramos y experimentamos la suficiencia de la gracia de Dios, es en la debilidad que somos fuertes: nuestra fuerza viene a través de la debilidad, a través de la derrota, a través de nuestro llegar al fin de nosotros mismos.

La gracia es para el humilde

En tercer lugar, hemos de conocer que la gracia de Dios es dada al humilde. Todos somos muy orgullosos; ejemplo de esto es la respuesta a la siguiente pregunta: ¿cuándo fue la última vez que confesaste un pecado?

¡Busca la humildad!: sirve, sé el primero en perdonar y el último en enojarte. Experimenta la suficiencia de la gracia de Cristo al humillarte bajo la poderosa mano de Dios.

La gracia es para los pecadores débiles y humildes. Sin embargo, todo cuanto hay en nosotros no quiere admitir estas verdades.

Por ende, como hijo de Dios, lucha contra ti mismo y admite esto, para que experimentes de manera más completa la suficiencia de

la gracia de nuestro Señor Jesús.

El amor del Padre

Para ser amados, hay que amar

Esta frase, “el amor del Padre”, suena maravillosa, pero tenemos obstáculos (1 Jn. 2:15). Para tener una experiencia creciente del amor de Dios hay que dejar de amar este mundo, y esto es difícil: los deseos de la carne y de los ojos, y la vanagloria de la vida se aferran a nosotros y nos brotan por los poros. Sin embargo, Juan nos dice “¡Detente! ¡Los que aman al mundo no conocen la realidad del amor de Dios!” y Santiago nos dice “La amistad con el mundo es enemistad contra Dios”.

Por ello, si queremos conocer el amor de Dios, hemos de entregar este mundo pecaminoso y dejar de medir nuestras vidas por lo que el mundo considera que es importante: el dinero es importante, pero no tanto como el mundo piensa; lo mismo pasa con las posesiones, con las cosas a disfrutar, entre otras cosas. ¡No puedes conocer el amor de Dios y seguir amando el mundo!

El amor de Dios duele cuando debe hacerlo

Hay algo más que hablar sobre el amor de Dios: Dios disciplina a quienes ama (Heb. 12:6). En este sentido, al igual que, ¡buscas en todo el mundo a un niño de 3 ó 4 años de edad que, al ser castigado, cree en lo profundo de su corazón que su papá lo ama, no lo encontrarás, cuando Dios nos castiga, nosotros tendemos a cuestionar el amor de Dios para con nosotros: “Si Dios me amara, esto no me pasara” o “Tengo que estar haciendo algo mal”. En estas ocasiones, olvidamos que Dios nos disciplina porque Él quiere que seamos mejores, no sólo cuando hacemos lo malo: Él nos disciplina para que seamos partícipes en su santidad hablarme de esa manera?”. Hermano, cuando Dios disponga a un hermano a hablarte y corregirte, ¿lo recibes como una muestra del amor del Padre o te resientes porque has sido disciplinado? Recuerda siempre que nuestro Dios es un Dios en el que se puede confiar; Él hace todas las cosas bien. Por ende, al hablar del amor de Dios, pensemos bíblicamente de Él. La gracia es para los pecadores débiles y humildes. Si queremos amar a Dios y experimentar su amor, debemos dejar de amar el mundo y, con mayor alegría, someternos a su disciplina.

La comunión en el Espíritu Santo

Lo tercero que Pablo quiere que experimentemos es la comunión, la vida compartida con el Espíritu Santo. Hoy en día, veo muchos cristianos que parecen, simplemente, existir; sin embargo, creo que cuando Pablo ora (por los corintios y nosotros), Él pide que vivamos una vida llena de gozo y paz, con victoria sobre el mundo, escondida en Cristo con Dios, una vida que resalte a los ojos del mundo y les haga desear esa vida.

Es cierto que no podemos competir con el mundo en su propio terreno; empero, también es cierto que ellos tampoco pueden competir en el terreno de Dios! ¡Nosotros podemos vivir una vida que ellos no conocen! Si viviésemos esta vida, ¡quizá los incrédulos quisieran aprender más de ella! Por ende, “santificad a Cristo en vuestros corazones, siempre listos cuando alguien les pregunte por la esperanza que hay en vosotros” (1 Ped. 3:15).

El Hijo de Dios ha venido para darnos vida y vida en abundancia, la cual no tiene que ver con posesiones, revistas o televisión, sino con una realidad espiritual por medio de la fe en Cristo. ¡Quizá hoy sea un día para vivir, en Cristo, para la gloria de Dios, para la eternidad, para hacer la diferencia, para hacer el bien, de tal manera que los hombres vean nuestras buenas obras y glorifiquen a nuestro Padre, que está en los cielos! ¡Quizá hoy sea un día para vivir en y por medio del Espíritu Santo! ¡Nunca nos conformemos con sana doctrina si no hay vida!

Una bendición

Quiera Dios que sean estas 3 realidades, la gracia de nuestro Señor, el amor de nuestro Padre y la comunión con el Espíritu, con todos nosotros, todo el tiempo, hasta que no haya más tiempo.

Amén